

La Ilustración Católica

PRECIOS DE SUSCRICION.

Madrid y provincias.

Tres meses... 16 rs.

Un año... 60 »

Cuba y Puerto-Rico.

Seis meses... 2 1/2 ps.

Un año... 4 »

SUMARIO.

TEXTO: Revista, por V. P. Nulema.—*Recuerdos de un viaje*, XIII, *El Sepulcro de Santiago*, por el P. Fidel Fita. S. J., y D. Aureliano Fernández-Guerra.—*Himno*, por D. Casimiro del Collado.—*Las oraciones en Francia*, por D. Francisco Hernando.—*Leyendas americanas: La princesa Lislia*, por D. Camilo E. Estruch.—*Grabados*, por X.—*Bibliografía*, por D. M. Perez Villamil.—*Anuncios*.

GRABADOS: Recuerdos de un viaje: *Restauracion congetural del sepulcro apostólico primitivo*.—*Vista de la plaza e iglesia de San Pedro en Roma*. *Vista interior de la iglesia de San Pedro en Roma*.

PRECIOS DE SUSCRICION.

Extranjero.

Seis meses... 11 fr.

Un año... 21 »

Filipinas y Méjico.

Seis meses... 3 1/2 ps.

Un año... 6 »

DIRECTOR: D. MANUEL PEREZ VILLAMIL.

Epoca 2.—Año IV.—Tomo III.

Madrid. 28 de Junio de 1880.

NÚMERO 48.

ADMINISTRACION: ESTRELLA, 7, SEGUNDO IZQUIERDA.

Número suelto, real y medio.

REVISTA.

Las Cortes han cerrado sus puertas, y la política, fatigada de los últimos debates, se dispone á tomar baños para reconstituir sus fuerzas y arremeter con nuevo brío, á la entrada de Otoño, contra el banco ministerial, más duro é inalterable que si fuese de piedra.

Por ahora, todo quedará en calma; el general Martínez Campos no se verá atacado de los nervios, que parecen estar en inteligencia con el Gobierno; el señor Sagasta no manipulará en la tribuna, remedando las aspas de los molinos de viento que dieron en tierra con el ingenioso hidalgo de la Mancha; el Sr. Alonso Martínez no caminará á toda vela y viento en popa hacia las playas de *La Iberia*, y, en fin, la suprema atracción del *Cosmos* no llevará al Congreso á los amigos de viejas novedades, incansables en admirar las evoluciones de los astros. El decreto de suspension de sesiones ha abierto un paréntesis en la vida política, el cual se llenará de agua, para que se refresquen en ella los sacerdotes de esa deidad pródiga y fecunda que se llama Presupuesto.

Los trenes, como bombas expelentes, van sacando de Madrid y arrojando á provincias á los Diputados y Senadores, que, cumplida su mision, se retiran á sus cuarteles de verano. Se calcula que en los primeros dias de Julio, Madrid dormirá ya la siesta del estío, disponiéndose á estar listo cuando los cañones anuncien el alumbramiento de doña María Cristina. Si éste es feliz, tendremos fiestas en Agosto, en las que tomará parte activa el sol canicular, capaz de meter en calor á las estatuas de la plaza de Oriente.

En la expectativa de este suceso, la emigracion veranie-

ga ha comenzado con afan, y los trenes salen ya llenos de gente, dando su aspecto más calor que la temperatura que tenemos en la Corte.

Pocas y malas son las novedades de estos dias. Cuatro ó cinco suicidios, como de costumbre; la vista de la causa contra Bonifacio García, autor del crimen de la calle de la Esperanza, que ha sido condenado á muerte; varios robos, y muchos escándalos.

El aumento de la criminalidad es espantoso; en ocho dias se han impuesto por los juzgados de Madrid tres sentencias de muerte. Calcúlese por este dato

cuántos crímenes de menor penalidad se habrán cometido en este tiempo, y sumando á esta cantidad los frustrados, dígasenos á qué distancia estamos de Marruecos.

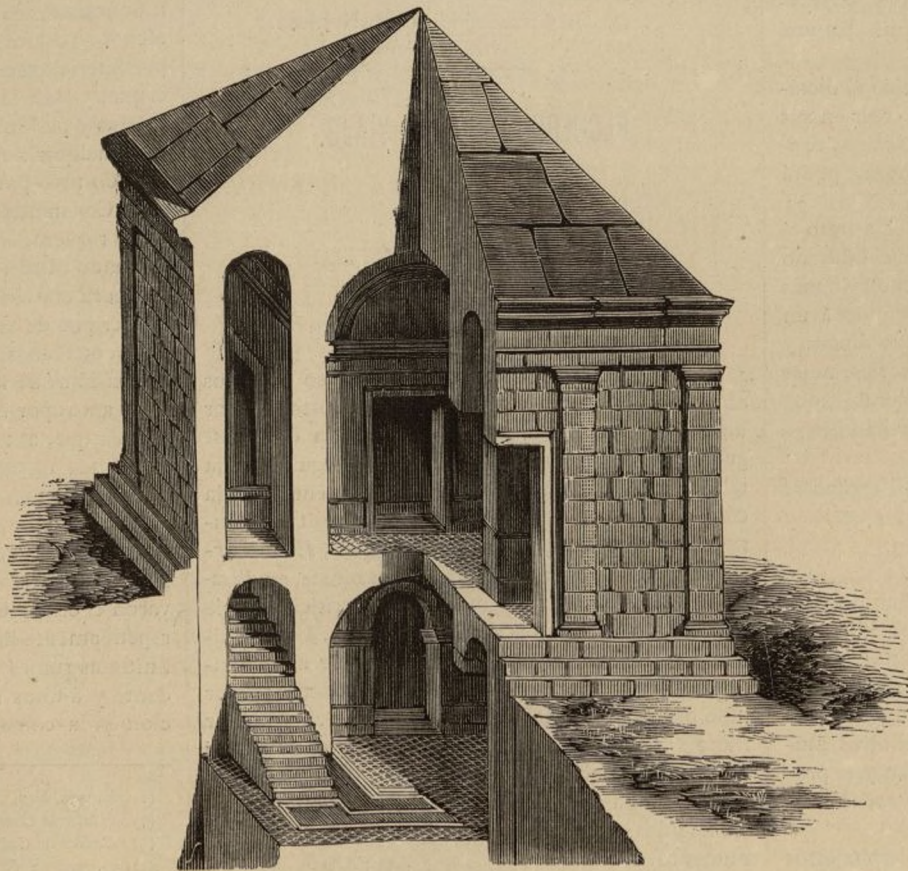
Todo esto proviene de la falta de ideas religiosas, que nos empuja á la barbarie; pues cuando el sol de la verdad cristiana se eclipsa, caen sobre los pueblos las sombras de todos los crímenes. Las turbas desalmadas que en Barcelona han insultado estos dias á los religiosos franceses proscritos, ¿de qué no serán capaces si las solicitan los goces de pasiones desapoderadas?

El hombre que no respeta á Dios, autor y dueño de su vida, no respeta á otro hombre, por grande que sea; y sin el respeto y la obediencia, ¿cómo puede mantenerse el orden social? ¿con bayonetas y cañones? ¡Triste estado el de un pueblo donde la virtud y el derecho tienen que guarecerse bajo espadas, temiendo á cada instante que las armas se vuelvan contra la autoridad y sirvan de escabel á la anarquía y al crimen!

Van llegando á España Superiores de las Congregaciones religiosas, expulsados de Francia, en busca de un asilo. Los famosos decretos de 29 de Marzo se cumplirán á todo trance, si bien el Gobierno republicano se muestra dispuesto á ser más benévolo con las otras Órdenes que con los jesuitas.

¿Y por qué esta distincion cuando todas las Congregaciones han dado hermoso ejemplo de fraternidad evangélica, ofreciéndose juntas en holocausto á la tiranía revolucionaria? Es que los republicanos franceses, ciegos de odio contra la Iglesia, no ven que sus esfuerzos por introducir discordias entre las diversas Congregaciones son estériles, y que sus planes, torpemente concebidos y ejecutados, vie-

RECUERDOS DE UN VIAJE.



RESTAURACION CONGETURAL DEL SEPULCRO APOSTÓLICO PRIMITIVO.

nen á resultar en alabanza de las Órdenes monásticas y en apología insigne de la Compañía de Jesús.

Las Congregaciones que han enviado á España representantes, son, hasta ahora, diez ó doce, y todos encuentran en nuestros prelados, y en los católicos en general, la buena acogida á que son acreedores. Mártires de la más violenta persecución que se ha visto en estos tiempos de tantos Nerones, hallan en nuestros hogares un lugar de preferencia, porque son representantes de Jesucristo, perseguido y crucificado por los que venía á redimir con el precio de su sangre.

Resuelta la cuestión de amnistía para los *communistas* franceses, vendrán éstos á ocupar en su país las casas que dejan vacías los apóstoles de la enseñanza cristiana. Es natural que de la tierra en que se extirpan las flores nazcan abrojos, y que de padres ateos nazcan suicidas.

Con el título de *Incidente curioso*, ha corrido por los periódicos un suelto plagado de inexactitudes, acerca del Certámen convocado por el Sr. Marqués de Guadiaro para premiar una Memoria en que se pruebe que «no pueden existir conflictos entre la ciencia y la fe.»

Lo que oficialmente se sabe, es que hace dos años la Academia de Ciencias Morales y Políticas convocó al Certámen, en nombre del noble Marqués de Guadiaro, señalando un corto plazo para la presentación de los trabajos, y ofreciendo un premio de 10.000 reales para la Memoria que el Jurado de la Academia calificase en primer término, ó un *accessit* para la que le siguiera en mérito.

Tan corto era el plazo, que hubo necesidad de ampliarle; y terminado el definitivo, quedaron sobre la mesa de la Academia cincuenta y dos Memorias, de todos tamaños y formas, y aún se nos ha dicho que había una en verso.

Pasaban meses y meses, y el fallo del jurado no parecía. Los académicos, que tan pocos estuvieron en el plazo concedido para la composición de trabajos, mostraban lentitud supina en juzgarlos; y ya el asunto parecía muerto, cuando una mañana se descolgó la *Gaceta* con el dictámen de la Academia, según el cual resultaban premiadas con *accessit* cuatro Memorias: una del Sr. D. Joaquín Rubió Ors, catedrático de Barcelona; otra del R. P. D. Miguel Mir, de la Compañía de Jesús, tan conocido de nuestros lectores por sus clásicos artículos; otra del Sr. D. Juan Manuel Orti y Lara, director de *La Ciencia Cristiana*, y la cuarta, de D. Abdon de Paz, escritor y poeta.

Indudablemente las condiciones del Certámen no se han cumplido por parte de la Academia, la cual ha concedido tres *accessit* no prometidos y ha prescindido del premio. ¿Qué ha pasado aquí? ¿En qué se funda el cambio?

El Sr. Marqués de Guadiaro ha rechazado el dictámen, y razón tiene para ello; pero es de creer en sus nobles sentimientos que no querrá desairar á los concurrentes, y se vendrá á un arreglo que nunca podrá salvar la conducta de la Academia.

Si el Sr. Marqués hubiera encargado el asunto á quien correspondía; si en vez de buscar el fallo, no siempre competente de la Academia, en cuestión más bien teológica que filosófica, hubiera pedido á un prelado la designación de una junta de teólogos y filósofos que hubieran juzgado las Memorias, no se hubiera llegado á dar un espectáculo deplorable, que tan poco favor hace á los académicos que han intervenido en el Certámen.

Ya que el asunto nació torcido, difícil es que se rectifique; pero bueno será que sirva de ejemplo y lección para lo sucesivo.

Los vecinos de la calle de la *Garduña* han dirigido al Ayuntamiento de esta capital una solicitud que tiene gracia. Quéjense amargamente del nombre ridículo que lleva su calle, y piden que se cambie por otro. Y puestos ya á pedir confirmaciones, el mismo favor que para ellos solicitan para los de otras muchas calles, cuyos nombres no suenan bien y se pronuncian mal; por ejemplo: *Noramalavayas*, *Pingarrona*, etc.

Los vecinos están en su derecho pidiendo estos cambios; pero es posible que salgan de Herodes y caigan en Pilatos. Entre vivir bajo la égida secular de la *Garduña* ó la novísima de *Mendizábal*, preferiríamos lo primero.

La calle de *Muñoz Torrero*, que es de estos tiempos, no tiene que echar plantas á la del *Oso*, que es de los pasados; la calle del *Siete de Julio* nada puede envidiar al paseo de los *Ocho Hilos*, y por el moderno *boulevard* de Serrano se puede muy bien ir derecho á la antigua calle del *Desengaño*.

Esto no es decir que queramos conservar los nombres del *Lobo*, del *Gato*, del *Perro*, ni del *Candil*, ni de la *Cueva*; cámbiense en buen hora; pero no se bauticen nuestras casas cristianas con nombres sarracenos, y los títulos de las calles no nos hagan dudar si vivimos en Madrid ó viajamos por Marruecos.

Tenemos entre nosotros al Rvdo. Vicario patriarcal de Siria, monseñor Mensabrachi, que viene á invocar la caridad española en beneficio de las misiones de Oriente.

Según dice este valeroso apóstol, la situación del patriarcado sirio es por extremo afflictiva, faltando los recursos más perentorios para el sostenimiento de las misiones, encargadas allí de la obra importantísima de reducir á la ortodoxia á los herejes jacobitas, muy extendidos en aquel territorio.

El patriarca monseñor Ignacio Jorge Schelhot, que hace seis años rige tan extensa diócesis, angustiado por la miseria de los misioneros, que dificulta la propagación de la fe entre las tribus pobres solicitadas por el oro protestante, ha creído necesario acudir á Europa en demanda de limosnas, y ántes que á las demás naciones á España, tierra predilecta de la Iglesia, unida por antiguos vínculos con los países de Oriente, donde aún se ven las armas españolas sobre templos y seminarios católicos, debidos á su caridad y desprendimiento.

Para favorecer esta obra, y de acuerdo con el ilustre Prelado de Toledo, se ha comenzado á celebrar un triduo en la iglesia de San Isidro, habiéndose encargado de recaudar las limosnas varias distinguidas señoras de nuestra aristocracia.

Esperamos no se verán defraudados los deseos del patriarca sirio, pues la caridad española, la verdadera caridad definida por San Pablo, enseñorease todavía del corazón de los españoles, á pesar de la revolución que procura destruirla.

El Ateneo de la calle de la Montera está dando las últimas boqueadas del presente curso. El Sr. Echegaray ha resumido el debate sobre el «Origen del lenguaje» y el Sr. Carvajal el relativo al «Ideal de la raza latina.» Ambos oradores han vomitado sapos y culebras, alimento sabroso y nutritivo para estómagos revolucionarios.

Excusamos advertir que este plato se guisa con mandil y se come con bayonetas.

V. P. NULEMA.

RECUERDOS DE UN VIAJE.

XIII.

EL SEPULCRO DE SANTIAGO.

(Conclusion.)

Del altar primitivo hemos hablado ya en artículos anteriores. Hermosa tabla de mármol, sostenida por un rollo ó columna, con su excavación donde se guardaban reliquias de mártires, debió erigirse en la iglesita subterránea, delante del arco de entrada á la cámara sepulcral. El sabio Carlos Rohault de Fleury, en su obra interesantísima *La Messe, Études archéologiques sur ses monuments*, nos ofrece, en dibujos del mayor mérito y con envidiable crítica, la serie de los altares cristianos del I al XII siglo. Uno de algo parecida forma, aunque muy posterior al de Santiago, enriquece el museo de Aix en Provenza; y por julio de este año, le ha publicado el benemérito escritor francés: quien reproduce también el altar monolito de Tarascon, labrado en el siglo VII, donde á la mesa y columna central acompañan cuatro pilastras en los ángulos, que dan mucha belleza y novedad al monumento.

Quando los monjes de Antealtares, por virtud de la concordia celebrada el año 1077, cesaron en la custodia del sepulcro del Apóstol, parece haber logrado llevarse consigo la tabla de mármol y la mitad de la

columna del primitivo altar (1), dividida por medio rectamente á lo largo; y para memoria, hicieron grabar en el haz plana los dos dísticos de que obtuvimos calco y dimos exactísimo dibujo en el artículo anterior.

La otra mitad de la columna continuó, como objeto de veneración, en la antecámara sepulcral. Pero amenazando inevitable ruina el monumento primitivo, hácia el año 1112, y ansioso el obispo Gelmírez de llevar á feliz remate las adelantadas obras de la portentosa basílica, sin reparar en nada que contrariase la belleza y suntuosidad del edificio, no vaciló en destruir, hasta llegar al pavimento, cuanto quedaba en pie de la gloriosa cripta romana (2). Varió la colocación del sarcófago, le encerró en una cámara riquísima, cubierta por dos piedras grandes llanas, dejando á un extremo cierta ventanilla ó respiradero, que sólo permitía ver de allí el sepulcro. Sobre ellas hizo un altar, donde engarzó la mitad de la columna, resto del ara primitiva; el cual, podía registrarse con facilidad suma, quitando un soberbio frontal de plata, que le ocultaba á la vista de los fieles (3). Hubo de conservar, sin embargo, las dos antiguas escaleras por donde se bajaba á la bóveda, aunque dificultó cuidadosamente su entrada; y la cerró del todo, poco ántes de su muerte, en 1139. Quiso evitar para siempre, que los prelados compostelanos se viesan comprometidos á ceder más reliquias de Santiago; y no hay memoria documental ninguna, que sepamos, de haberse bajado posteriormente á la cripta. Todo esto desapareció en las obras hechas desde 1666 á 1669 (4).

La planta del túmulo en que el año 42 se depositó el cuerpo del Apóstol, es muy parecida á la del sepulcro cercano á Roma, en la vía Asinaria, donde se halló el renombrado vaso Barberino, ó de Portland, que hoy enriquece el Museo Británico; y la forma del monumento pudiera adivinarse, recordando tanto los de esta clase y tiempo en Palestina, como el que dedicó el Senado y Pueblo romano á Cayo Poplicio Bíbulo, por bajo del alcázar capitolino, en el barrio que se dice hoy Macel de' Corvi, y teniendo presente asimismo el lusitano templo, erigido el año 106 de nuestra era por el insigne artífice Cayo Julio Lácer, sobre la roca del Tajo, á la cabeza del famoso puente de Alcántara.

Hallamos, pues, que el monumento Compostelano era de cuatro lados iguales; y conjeturamos que de dos cuerpos, á saber: la cripta, ó cámara sepulcral subterránea, y la cámara, algo levantada sobre el terreno del monte, engalanadas sus paredes con ricas pinturas y estucos.

Esta servía, en los túmulos paganos, para que se reuniese aquí anualmente la familia del difunto y asistiese á ciertas ceremonias fúnebres; pero en el monumento de Santiago debió considerarse habitación y oratorio superior. A uno y otro lado del presbiterio aparecían sendas puertas: la de bajada á la cripta, y la de la otra escalera por donde se subía; escaleras y pasillos de un metro de ancho. Sumo realce debió adquirir esta joya de la Cristiandad primitiva, cuando tuvo paz la Iglesia por noble resolución del gran Constantino; y subir de punto su mayor amplitud y riqueza, en el imperio de Teodosio Augusto, y reinando Mirón y Recaredo.

Ahora convirtamos nuestros ojos y el pensamiento á la cripta de Santa Cecilia, en Roma; á la basílica subterránea de San Clemente; á las pinturas elocuentísimas de las Catacumbas en la Ciudad Eterna, y hagamos por trasladarnos con la imaginación á los días en que, al terminar el siglo VIII ó comenzar el siguiente, un anacoreta, llamado Pelagio, habitaba pobre ermita en erguida montaña y cerradísimo bosque, donde hoy se alza el monasterio de Antealtares, que también se denomina de San Payo. Cuando en la oscuridad de la noche contemplaba este religioso varón el cielo, de innumerables luces adornado, veía repetidamente llover estrellas, como perlas, sobre las finítimas ruinas y escombros que, á la parte de Occidente y á unos sesenta metros, parecían. Era tradición en la comarca pertenecer aquellos lamentables

(1) Flórez, *Esp. Sagr.*, XIX, 23.

(2) *Historia Compostelana*, I, 78 y 18.

(3) *Código de Calixto*, V, cap. 9.º, números 13 y 14.

(4) D. José de Vega y Verdugo, arquitecto y canónigo fabriquero de Santiago, que las dirigió, en informe que guarda este archivo, se admira y no halla la razón de haberse cerrado las puertas y escaleras de bajada al subterráneo. *El Porvenir*, periódico de Santiago (Febrero de 1879), al dar noticia de las recientes excavaciones afirmó haber parecido las escaleras.



despojos á un templo, miseramente despedazado, cuando en la abominable revolucion de 711 las huestes y emisarios de Muza llegaron hasta la roca de Pelayo, es decir, hasta los mares de cántabros y gallegos, sin dejar iglesia que no fuese quemada, ni campana que no fuese rota, segun testifican las crónicas árabes (1). También á los vecinos del inmediato burgo de San Félix de Lóvio solía sorprender el espectáculo maravilloso de las vívidas luces, desprendidas de lo alto, y vagorosas entre los árboles que servían de guirnalda perenne á las sagradas ruinas. Busca el anacoreta al obispo de Iria Teodemiro; refiérole el prodigio; compruébanlo varios feligreses de Lóvio, y decide el prelado cerciorarse de todo ello por sí mismo. Reconoce el paraje; manda hacer excavaciones en él; se da con una de las estrechas escaleras; escóbranla; bajan los exploradores al pasillo; doblan á un lado, hallan la puerta y pisan la iglesia subterránea. A la clara luz de las antorchas, Teodemiro ve con asombro el ara consagrada por los discípulos; en la cámara interior, la urna de mármol; y en el testero ó frente principal, desconchada y antiquísima pintura, que representa un varon con nimbo en la cabeza, levantados los brazos al cielo en actitud de orar, colocado en medio de varias personas, ó entre ramos de oliva y palma, ó de enrojecidas flores. Al pié y á los lados hubieron de aparecer medio borradas letras, y leerse el preclaro nombre de *Jacobo, hijo del Zebedeo*; y en los mosaicos de las sepulturas del pavimento, los de *Teodoro y Atanasio*. En júbilo rebotan los felicísimos corazones de los que descubrieron un incomparable tesoro como aquél, por tantos años oculto. Da parte el obispo al Rey D. Alfonso el *Casto*; viene el Príncipe luego allí con toda su Corte, y rinde ante el sepulcro su noble corona, y solicita del Hijo del Trueno la defensa y protección de España. Reconstruye D. Alfonso el arruinado monumento; levanta sobre la cripta una iglesia con la advocación del Apóstol; otra inmediata, en honor del Bautista; y otra mayor, enfrente y á la parte oriental, con tres altares, dedicados al Salvador del mundo, al Príncipe de los apóstoles, y al discípulo amado, San Juan el Evangelista. Doce monjes benitos, con su abad Ildefonso, custodian desde aquella hora el sepulcro; y en la nueva iglesia, levantada sobre la del subterráneo, cantan los Oficios divinos y celebran el santo sacrificio de la Misa. No queda satisfecho el Rey *Casto*, y otorga en 824, para el culto del bienaventurado Jacobo y manutención de los monjes, cuanta tierra se extiende por espacio de tres millas á la redonda (2).

¿Quién duda que el obispo Teodemiro y el Rey D. Alonso el *Casto* hubieron de poner inmediatamente en noticia de la Santidad de Leon III el hallazgo del preciosísimo tesoro? ¿Quién no conoce que á estas comunicaciones, acompañarían cuantas pruebas demostraban la inconcusa verdad del hecho? Para nosotros resulta, aún más que probable, deber ser tales documentos la tradición no interrumpida entre los vecinos de aquel pago; las memorias antiquísimas, perdidas hoy, de la catedral Iriense, y de otras de Galicia y Lusitania; las inscripciones en los muros y en los mosaicos, parecidas á las que se leen todavía en la cripta de Santa Cecilia y en otras de las Catacumbas de Roma, y datos no menos eficaces.

Alfonso III, el *Magno*, dotó amplísimamente la iglesia de Santiago en 899. Le concedió el señorío de populares villas, y muy amplios territorios, y la propiedad de feraces montes, y de muchos y dóciles siervos, dispuestos á dar vida á la agricultura é industria. Y como la ciudad y el clero de Tours pidiesen larga noticia al Monarca sobre el distrito en que yacía clavado el sepulcro, distancia á que se hallaba del mar, vías que conducían á él, pormenores del descubrimiento, testimonios en que se afianzaba la traslación del sagrado cuerpo desde Jerusalem á Galicia, y pruebas de la identidad de la primitiva sepultura y la descubierta á principios de aquel siglo, á todo satisfizo cumplidamente aquel Príncipe. Refirióse á las cartas de los antiguos prelados de *Iria*, á las historias de los Santos Padres Emeritenses que allí se poseían, al libro de los milagros de Santiago, y á no menos firmes y decisivos testimonios (3). Con razon

el obispo de *Iria*, D. Diego Pelaez, y el abad Fagildo, en concordia suscrita á 18 de Agosto de 1077, decían no poder ser objeto de controversia ó duda la verdad de las reliquias apostólicas, reconocida para todo el orbe por la Epístola del Papa San Leon III; el cual falleció en 816. Por último, anheloso de enaltecer el mismo Príncipe D. Alfonso III la sagrada tumba, desbarató el edificio de piedra y barro que sobre ella hubo de labrar su ínclito abuelo D. Alfonso el *Casto*; y de exquisitos mármoles, frisos y columnas, hechos traer en hombros de infieles cautivos desde las orillas del Duero y el Tamega, levantó magnífico templo que sirviera como de engaste á la cripta romana.

Cumplíanse cien años de esto, cuando un sábado, á 3 de julio de 997, sale de Córdoba el terrible Almanzor, en aceifa ó expedición de verano, que fué la cuadragésima octava verificada por su incontrastable ardor guerrero. Con el auxilio de los Condes cristianos, que en la antigua Lusitania le eran obedientes y afectos, dirigióse contra Galicia; y el miércoles, 11 de agosto, llegó á vista de Compostela. Pero oigamos la fiel relación antiquísima del suceso, cual nos la ha conservado el libro del *Bayán Almogrib*: «Los musulmes acamparon sobre la ciudad de Santiago la soberbia, un miércoles, 2 de Xában; sus vecinos, llenos de terror, habíanla desamparado; y Almanzor dispuso que la hueste se apoderara de todas las riquezas y destruyese los valientes muros, las casas fuertes y la iglesia, borrando hasta sus cimientos. No obstante, el caudillo tuvo sumo cuidado y esmero en que persona de autoridad y esfuerzo custodiara el sepulcro de Jacobo, y de él apartase cualquier daño. Nuevo y firme era el edificio levantado encima de la bóveda sepulcral, y fué reducido á escombros, cual si en pié no hubiera existido el día, ántes. Hízose esta demolición en los días lunes y martes, inmediatos al de la entrada (16 y 17 de agosto). Hemos dicho que se veía desierta la ciudad cuando penetró en ella el siempre vencedor adalid. Sin embargo, Almanzor encontró allí á un muy anciano monje, sentado á par del sepulcro de Jacobo.—«¿Quién eres?» le pregunta.—«El guardian de estas reliquias,» responde. Y volviéndose Almanzor á los suyos, mandó que nadie se atreviera á hacerle ningún daño.» La exactitud de esta narración y su conformidad con los datos históricos, copiados en los diplomas de Alfonso III y en documentos poco posteriores, sacan airoso la verdad y la congruencia de todo. Muy luego, y ántes del año 999, el Rey D. Bermudo II y el obispo San Pedro de Mosoncio reedificaron la iglesia (1).

Desgraciadamente, lo que no hizo Almanzor lo tuvo que hacer, ó lo llevó adelante el animoso Don Diego Gelmírez, obispo, y luego arzobispo de Compostela, ó porque (según dice su historia) el sepulcro amenazaba ruina, ó por un mal entendido amor artístico. Deseando acelerar la conclusión del soberano templo de 95 metros de largo que hoy existe, desbarató en 1112 la cripta romana, hasta llegar al pavimento. Importa repetirlo aquí, para desvanecer el error en que se ha incurrido por muchos historiadores, que suponen haber permanecido intacta siempre la bóveda primitiva.

Ya es hora de poner fin á tan largo capítulo, respondiendo á la pregunta de si el sepulcro romano fué ó no construido expresamente para el Apóstol.

Pudo ser nuevo y labrado de intento, y parece como que así lo dan á entender las palabras de San Leon III; pero también dentro de ellas cabe fundar la siguiente conjetura. No es imposible que perteneciese la finquilla de *Libredon* á la familia de los discípulos Teodoro y Atanasio, y que por aventura tuviesen parentesco y afinidad uno ú otro con la matrona llamada Atíamo, abuela de Viríamo, que había hecho construir para sí y para su nieta el monumento sepulcral. Los discípulos, destruyendo el ingente simulacro pagano, inmundo númen tutelar de la finca, se esmeraron en acomodar el antiguo edificio á las necesidades y condiciones de santa iglesia y catacumba apostólica. Para ello hacen altar de un fuste de columna, y de la rica tabla marmórea, conmemorativa de haber labrado Atíamo el robusto edificio. Ya hemos dicho que tales piedras, con inscripción pagana, se utilizaron, sin reparo ninguno, infinitas veces por los primeros cristianos para celebrar sobre ellas el santo sacrificio de la Misa. Ambas hipótesis caben, pues, dentro de las palabras de San Leon III;

como también, y es la más probable, que no estando sino comenzado el monumento, la fe y el entusiasmo de los siete discípulos viajeros y de los dos que habían quedado en Galicia, prosiguieron con ardor la obra hasta llevarla á término venturoso.

FIDEL FITA.—AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA.

HIMNO.

Rompa mi voz en cántico sonoro,
como tras larga pena
brota el raudal de reprimido lloro:
y en tanto que serena
la noche, cielo y tierra y mar abarca,
y en sombras y en silencio los confunde,
y blando sueño ó tormentoso infunde
desde el libre mendigo hasta el monarca
mi férvida plegaria se levante,
¡Señor! hasta ese trono de diamante.

Las alas dobla el pensamiento débil
cansado de admirar tu omnipotencia;
lanza gemido flébil
sumergida entre dudas la creencia,
cuando la humana ciencia
el ímpetu no doma,
y aspirando atrevida á comprenderte
de su soberbia al peso se desploma.
Y sólo la oración, blanca paloma,
ingénua vírgen de mirar modesto,
llega á tocar la orla de tu manto,
llega á besar tu planta creadora,
porque en éxtasis santa
humilde ruega y ciegamente adora.

Los astros luminosos,
los invisibles mundos
que surcan majestuosos
del espacio los ámbitos profundos;
los mares insondables
que en la móvil arena,
do su furia se enfrena,
precipitan las ondas perdurables;
los hervorosos montes
que en columnas de lava y de ceniza
revientan, y en rojiza
luz inundan los negros horizontes;
cuanto sublime en su fecundo seno
encierra la natura,
sombra de tu grandeza y hermosura,
mientras tu faz nos vela,
tu existencia, poder y amor revela.

¡Con cuánta fe mi espíritu se embriaga
en contemplar las obras de tu mano!
¡Cuánto á mi ardiente corazón halaga
de tu existencia el insondable arcano!
Amarte entre las sombras del misterio,
con un amor de inexplicable esencia,
grande cual lo infinito, que es tu imperio,
puro como la luz, que es tu presencia;
el alma levantar á las regiones
donde el querub ardiente se extasia,
surcando, absorta en místicas visiones,
del éter vago la extension umbría....
¡Inefable placer! ¡Cómo diría
mi adoración á tí, si la palabra
torpe se arrastra en pos del pensamiento
que cual rápida flecha, parte, vuela,
rasga la nube, hiere el firmamento!

De negra noche en la impalpable sombra
tu mirada penetra, y nada oculto
existe para tí, desde el inerte
imperceptible insecto, hasta el soberbio
leon que el sueño del descuido duerme.
Así en mi corazón, templo do suenan
los concentos del arpa en tu alabanza,
tus ojos ven cómo su centro llenan
la fe, la adoración y la esperanza.

Todo en torno reposa. Entre los ecos
del rumor de las selvas que repite
la voz sonora de los montes huecos,
y entre el murmurio de los tersos mares
que adormidos palpitan en la playa,

(1) Almakhari, I, 74.

(2) Don Ordoño I, en 854, dobló esta dotación, añadiendo tres millas más, ó sease concediendo á la iglesia un coto redondo de tres leguas de diámetro. *Esp. Sagr.*, XIX, 335.

(3) Flórez, *Esp. Sagr.*, XIX, 346.

(1) *Bayán Almogrib*, II, 316-319.—*Almakhari*, I, 269-272.—*Historia Compostelana*, I, cap. II, núm. 8.

como de un pecho que al dolor desmaya,
oigo débil suspiro.
¡Voz de la humanidad que errante gime!
Del infortunio el aquilon la azota,
y resignada, en actitud sublime
levanta al Criador la frente rota.

Tú la confortarás, que eres amparo
del que en la tierra sin arrimo vaga,
y refulgente faro
al que en las ondas del dolor naufraga.
¡Miseria humanidad! Cual los torrentes
despéñanse con hórrido bramido
por ásperas pendientes,
y luego al extendido
Océano inmortal caen, se hunden
y en la extension salobre se confunden;
ella por la aspereza de la vida

rápida se derrumba
hasta el lóbrego abismo de la tumba:
la eternidad inmensa la circuye,
recíbesla en tu seno,
el alma te contempla ¡Dios del trueno!
y á la prístina paz se restituye.

¡Dulce creencia! Con su eterno influjo
reanima el corazon que á piedra inerte
la férrea mano del pesar redujo;
templa el horror de la terrible muerte,
y al grato amparo de sus alas de oro
el ánima reposa, mientras el sueño
seca en los ojos el amargo lloro!
Mi espíritu, Señor, en tí confía:
con fe, con esperanza
aligero se lanza
á la etérea region, y á tí se acoge,

bien como el ave, que al morir el día,
de sus plumas recoge
la rica gallardía,
y en el materno nido se guarece
que el aura suave de la tarde mece.

CASIMIRO DEL COLLADO.

LAS ORACIONES DE FRANCIA.

Lo que está pasando en Francia en estos momentos, no puede ménos de eternecernos en alto grado como católicos y como españoles. Como católicos, nos duele que se persiga á la Iglesia, sea donde fuere; y ora se llamen Nerones y Dioclecianos sus verdugos, ora Ferrys ó Gambettas. Como españoles, no podemos ver tranquilamente arder la casa de nuestro



VISTA DE LA PLAZA É IGLESIA DE SAN PEDRO EN ROMA.

vecino sin temer por la nuestra, ni regocijarnos de los dolores y aflicciones de un pueblo hermano nuestro por la sangre, por los sentimientos, y lo que es más, por la fe.

Ante las humillaciones y vergüenzas por que en estos últimos tiempos están pasando los franceses, no fuéramos españoles si recordáramos antiguas rivalidades y motivos de queja que nos separaban.

La desgracia borra todo resentimiento entre hermanos, y pocas desgracias conocemos semejantes á las que está sufriendo en estos días el pueblo católico francés.

Regido su Gobierno por protestantes y frac-masones, saturadas sus Cámaras de impiedad y odio á la Iglesia, imbuidos sus hombres políticos de satánico ardor contra Cristo Nuestro Señor y su sacrosanta Religión, se han combinado artera y solapadamente para desarraigalla de Francia y borrar hasta el último vestigio de Cristianismo.

Leyes contra la enseñanza católica, decretos contra las asociaciones religiosas, proyectos contra el clero, ataques al culto, ofensas al episcopado, atenta-

dos á la libertad individual de los fieles, todo esto junto á un diabólico y diario concierto de blasfemias, herejías y obscenidades que vomita la prensa, nos ofrece la situación de la Iglesia en Francia.

Registra la historia persecuciones más violentas en que la sangre de los fieles corría abundantemente, pero pocas registra tan infames y alevos como la presente, porque todo lo que se hace contra la Iglesia se hace en nombre de la libertad y cubriendo de oprobio á los perseguidos.

Creerán muchos lectores que fuera de los decretos y proyectos presentados en la Cámara, nadie ataca en Francia la libertad de conciencia; pero con ser tan terribles esos decretos y proyectos, aún no son lo peor de lo que ocurre.

Para el Gobierno francés es ya delito el oír misa, acompañar procesiones, hacer obras exteriores de devoción, y delitos que se castigan en el acto con hambre perpétua, si el desdichado que los comete tiene cualquier empleo del Gobierno.

Hace pocos días traían los periódicos la destitución de un sub-prefecto, cuyo delito no era más que el de

acompañar á misa á sus hijas, huérfanas de madre. Los maestros que enseñan el Catecismo son destituidos, y ahora acaba de ser suspendido por ocho días de empleo y sueldo uno que dió vacaciones á sus discípulos el día del *Corpus*. Cuanto huele á católico es alejado sin piedad de todo empleo público, de modo que hoy por hoy no puede ningún francés que conserve la fe de sus padres aspirar á ninguna carrera del Estado.

El ejemplo del Gobierno es imitado á maravilla por los particulares, á quienes la prensa inmunda excita por todos los medios contra la Iglesia y los fieles. Multitud de alcaldes *motu proprio* han prohibido este año las procesiones del *Corpus*, quién diciendo que eran restos del paganismo, quién que atentaban á la libertad de conciencia, quién parece mentira tanta imbecilidad! que eran un medio inventado por los curas para hacer alarde de lujo y fausto.

Y puesto el Gobierno y puestas las autoridades locales en este desdichado terreno, su mal ejemplo da funestos frutos. En las calles de París son insultados, escarnecidos y hasta apedreados los sacerdotes y r

ligiosos por miserables y asquerosos sectarios de taberna, que hacen de este modo pomposo alarde de sus opiniones libre-pensadoras y de su odio á lo que en bárbaro lenguaje llaman clericalismo.

Mas no es sólo en París donde tales escándalos suceden, que ya la mala semilla arrojada á las provincias por la prensa cunde por todas partes y da en todas iguales frutos. Así un día nos revelan los periódicos que el cura de un pueblo es abofeteado en medio de la calle por un salvaje de blusa, y al otro nos anuncian que una fiera humana, emboscada cerca de un camino real, se entretiene en cazar á tiros á los seminaristas que pasan á su alcance, y que en tal parte nuevos vándalos invaden la Iglesia mientras se celebraba la misa, y que más allá turban y disuelven una procesion otros ciudadanos libres.

¿Se asombran nuestros lectores? Pues aún hay más, porque hace pocos días leímos con indecible horror que en un pueblo de Puig-de-Dôme, varios frenéticos, despues de hacer mil profanaciones con una imagen de Nuestro Señor Crucificado, la llevaron arrastrando con una cuerda al cuello por calles y plazuelas, á las cuatro de la tarde, en un día de mercado, sin que (y esto es quizás tan deplorable como el suceso) tuviesen energía bastante los que lo presenciaban para oponerse á tan terrible escena.

A este punto llega la saña impía de los modernos paganos de Francia; y si se atiende á que aún están contenidos por cierto temor á las leyes y á la fuerza pública, calcúlese lo que sucederá el día, quizás no lejano, en que desaparezcan los restos de autoridad que hoy quedan, y triunfe materialmente la anarquía que hoy reina moralmente y es dueña y señora de la vecina república.

Harto lo consideran los católicos, que ven venir sobre sus cabezas una persecucion violenta tras la persecucion aleva de que son víctimas; mas, por fortuna, pocos son los que se asustan. Antes, por el contrario, todos se preparan á la batalla ó al martirio, como se preparaban los primeros cristianos por medio de la oracion.

Porque en esa misma Francia donde suceden las horribles y asquerosas escenas de que estamos dando cuenta, está ofreciéndose al mismo tiempo á la consideracion pública uno de los más hermosos espectáculos que nos ha sido dado presenciar en este malhadado siglo.

Ese espectáculo es la union ante el altar de una multitud de escogidos que, al ver á su país perdido, amenazado, desconcertado y á punto de arruinarse para siempre, acuden con fe ardiente y caridad fervorosa al Señor, y con piedad filial y plena confianza, le dicen como los apóstoles al verse combatidos por las olas del mar de Tiberiades: ¡Sálvanos, Señor, que perecemos!

Obispos, sacerdotes, religiosos, hombres, mujeres,

y hasta los niños que pueden murmurar una oracion, están unidos entre sí como un solo corazon para pedir misericordia al Señor.

Siempre se han distinguido los franceses por su ardor propagandista, por la extension de sus obras y por el celo con que llevan á cabo las empresas al parecer más difíciles; pero ahora que la necesidad es mayor, se han excedido á sí mismos hasta conseguir maravilloso resultado.

Puede decirse que en todo pueblo de Francia donde haya algun católico que rece, se rezan oraciones especiales por el triunfo de la Iglesia y el remedio de las necesidades presentes del país.

La prensa católica, llevando por todas partes la

cien mil comuniones al día, infinidad de misas, rosarios, via-crucis, limosnas y penitencias, aplicadas todas con la intencion de obtener la libertad de la Iglesia.

Y como si todo esto fuera poco, ahora se dispone para la octava de San Pedro una serie de peregrinaciones á todos los santuarios más venerados de Francia, no sólo á fin de seguir implorando la clemencia divina, sino á fin de hacer ver al mundo que aún hay millones de católicos en Francia, á quienes la persecucion de su Gobierno no espanta.

¿Puede darse en los tiempos que corremos nada más hermoso que esto? ¿No es grandemente consolador ver tanta fe en esta época?

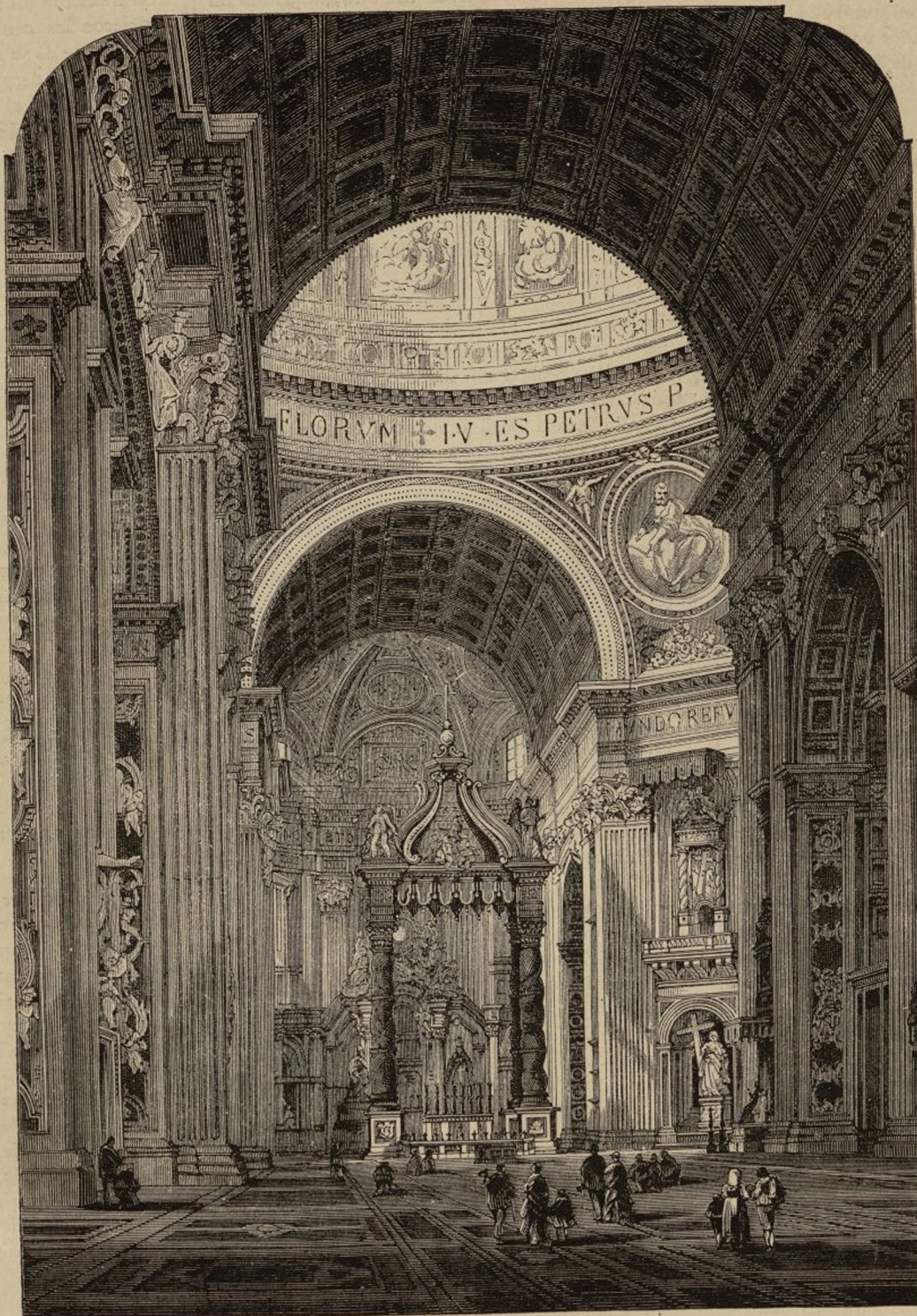
Los que sostienen malamente que el Catolicismo ha perdido su influencia en los pueblos modernos, vean lo que pasa en el más modernizado de todos, y digan francamente si los fieles de Francia no se parecen más á sus abuelos los de las Cruzadas que á sus padres los de la Enciclopedia.

El admirable espectáculo que nos están dando los católicos franceses, no sólo sirve de consuelo y ejemplo, sino que es además segura esperanza para lo porvenir.

Demuéstranos que en Francia, como en todas partes, hay en la actualidad dos pueblos, dos civilizaciones, dos corrientes completamente contrarias: una que va al mal, otra que va al bien. La que va al mal grita, blasfema, patea; la otra ora, sufre y trabaja. La primera se impacienta, se precipita, y ciega de furor acomete contra cuanto se le pone delante. La segunda, quieta y firme como la roca, aguarda impávida el furioso embate de las olas, elevando entre tanto á Dios sus manos suplicantes. La una tiene por bandera la desesperacion, la otra la confianza. El choque se acerca, oyes el ruido precursor de la batalla, pero el éxito de ésta no puede ser dudoso. Las oraciones de Francia nos lo aseguran, porque todas ellas se dirigen á Aquél que dijo: Tened confianza. Yo he vencido al mundo.»

FRANCISCO HERNANDO.

18 Junio, 80.



VISTA INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN PEDRO EN ROMA.

idea, despertando la confianza en la oracion, facilitando la union y animando á los tibios con el ejemplo de los fervorosos, ha sido la predicadora de esta cruzada, promovida, como es natural, por los prelaos y el clero.

Hojas volantes distribuidas con profusion han excitado á los fieles á comprometerse en los meses de Mayo y Junio á hacer las mismas oraciones con la misma intencion, acudiendo en el primero como intercesora á María Inmaculada, y tomando en el segundo como intercesor al Sagrado Corazon de Jesus.

Pero además de las oraciones comunes, se ha excitado el celo de las personas piadosas para que ofrecieran durante dichos meses otras especiales que su devocion les sugiera, y así se han obtenido más de

LEYENDAS AMERICANAS.

LA PRINCESA LESLIA.

I.

Corria el año 1547, y el famoso conquistador Pedro Valdivia se enseñoreaba con sus soberbios castellanos de las tierras más feraces de Chile. La sangrienta batalla de Puren obligó á los indomables araucanos á replegarse sobre la orilla izquierda del rio Maule, despues de haber dejado en poder de las huestes conquistadoras multitud de prisioneros, que aquel capi-

tan español mandó retener cuidadosamente en la célebre Villa Imperial.

Entre los indígenas cautivos había una joven de rara hermosura, llamada Leslia, á quien sus compañeros de infortunio denominaban princesa.

Leslia era hija del último rey araucano, que murió combatiendo á los enemigos de su patria.

Dos años después de los hechos que estamos narrando, la suerte de las armas hubo de ser favorable á los caudillos Lantaro y Tucapel; pues vióseles solicitar la libertad de los prisioneros que existían en la Imperial, ofreciendo en cambio cien soldados del tercio de Fernán Antúnez, cogidos en una emboscada que les tendieran los infatigables indios, tan ensalzados por el insigne poeta Ercilla.

Hecho el cange indicado, tornaron á sus hogares los prisioneros araucanos.

Leslia logró recobrar su libertad y con ella la dicha de respirar las auras embalsamadas por los magníficos árboles que cubrían el valle de Talca.

II.

En aquel tiempo estaba vacante el trono de Arauco. El bravo Caupolicán gobernaba el país, investido de facultades extraordinarias que el Consejo de los Ancianos le había concedido, mientras se procedía al nombramiento popular de un monarca.

Habíase estipulado una tregua entre los que defendían su independencia y los que intentaban sujetar á Chile al dominio del muy alto y poderoso Felipe II.

Un día hubo festejos en el campo araucano en celebridad de algunos triunfos parciales.

Lucían sus galas muchos guerreros, y ostentaban sus encantos varias doncellas pertenecientes á la nobleza.

Leslia estaba allí cautivando á todos con su natural donaire y distinguida modestia.

Al verla tan bella, tan interesante, Lopal, hijo de Caupolicán, quedó tan ciegamente enamorado de aquella virgen, que resolvió tomarla por esposa.

Acercóse á la joven el apasionado Lopal, y poniendo á sus pies un ramo de flores hizole sentida declaración de amor con el ánimo de obtener lícita recompensa á sus honestos deseos.

Leslia, llena de rubor, rehusó el obsequio y la demanda del hombre que ansiaba hacerla su esposa.

Pasaron algunos días y Lopal volvió á insistir, en su afán de captarse la estimación de Leslia. Todo fué inútil: ruegos, promesas, amenazas, sólo consiguieron realzar el espíritu superior de aquella joven extraordinaria.

—¡Huye de mí!...—dijole;—¡no te empeñes en aspirar á la mano de una mujer que ha hecho voto de ser esposa de un Dios Divino é Inmortal, único Señor del Universo, y que prodiga sus inmensos beneficios á las criaturas humanas!

La firme resolución de Leslia exaltó la pasión de Lopal.

El desdichado joven cayó enfermo y sin esperanzas de aliviar los pesares que devoraban su existencia.

Caupolicán, que amaba á su hijo con ternura, intentó interponer los prestigios de su alto puesto para obtener la aquiescencia de Leslia. Al efecto la hizo comparecer á su vista y le habló en estos términos:

«Mi hijo te ama y aspira á que le concedas tu mano. Apruebo su elección, y no puedo persuadirme que rehusés una propuesta digna del esplendor de tu raza. Muy pronto la victoria coronará mis sienes y seré rey como lo fué tu padre.»

Entonces Leslia, á quien el cielo había dotado de una discreción distinguida, dijo:

«Conozco la merced que me quieres conceder; pero no puedo aceptarla. Durante mi cautiverio, un Dios verdadero ha iluminado mi entendimiento, ha fortalecido mi alma y me he consagrado á su servicio. Los monjes que en el campo castellano adoran á ese Dios grande consiguieron enseñarme el camino que conduce á la salvación eterna.»

Caupolicán, pálido de furor, repuso:

«¿Reniegas de nuestros dioses para seguir el culto de los inicuos extranjeros que invaden nuestro suelo? Reflexiona bien lo que desprecias: ¿quieres pertenecer á mi familia?»

«Declaro,—dijo Leslia,—que no admitiré jamás á otro esposo que al Dios de los cristianos. Abomino los ídolos monstruosos que venera mi pueblo, y aunque me viéra amenazada de tu cólera y de los mayores peligros no desistiré del propósito que me

anima, viviendo y muriendo al amparo del que sufre en una cruz para redimir los pecados de la humanidad.»

Caupolicán rugía como un león.

El soberbio cacique hizo una señal, y entonces cuatro robustos indios se apoderaron de la casta virgen para oprimirla con el peso de enormes cadenas.

Mantúvose serena Leslia, en medio de aquel aparato de violencia, sin lanzar un solo gemido.

Por mandato de Caupolicán llevaron á la joven al templo de los titulados dioses del pueblo de Arauco, obligándola á que les ofreciese sacrificios, cuyo acto sólo sirvió para aumentar su fe, confesando en público su firme convicción cristiana.

Escandalizados los sacerdotes del templo, pidieron la muerte de Leslia.

El populacho clamaba, en tumulto, exigiendo un pronto castigo.

Ciego de coraje Caupolicán, al ver la constancia de Leslia, dispuso que inmediatamente fuese llevada al suplicio.

III.

Una grande hoguera encendida en el campo de los *añuchis* (1), alumbraba, en la noche del 27 de Julio de 1557, el rostro fatídico de los numerosos indios fanáticos que allí se habían reunido para presenciar la ejecución de Leslia.

Al compás de una música salvaje, y rodeada de bárbaros sayones, marchaba al término de su vida aquella criatura, inspirada por el Dios verdadero.

Caupolicán estaba allí deseoso de ver cumplidas sus órdenes terribles.

Cuando Leslia llegó junto á la hoguera sonrió dulcemente é hizo señal con las manos encadenadas indicando que la dejaran hablar.

Calló la música y muchos indios pidieron á gritos que se concediese permiso para escuchar los acentos de la mujer que iba á morir.

El indómito cacique accedió á la demanda del pueblo.

Leslia, aprovechando un momento de silencio, con voz clara, y sin demostrar desaliento, se expresó de esta manera:

«Escucha, Caupolicán; serás vencido y muerto violentamente: tienes tiempo aún de arrepentirte, reconociendo la fe religiosa, que hoy me conduce á la gloria eterna. Chile quedará sujeto al dominio de las armas castellanas, y en cambio recibirá la luz del Evangelio. Dios alienta mi constancia. Prefiero la muerte á la ignominia de vivir envuelta en las tinieblas de la idolatría. Aguardo resignada mi martirio, que debe abrirme las puertas del Cielo.»

Dicho esto, oyéronse algunas voces que decían: ¡guarmi *añuchata*! (2).

Los sacerdotes, cual perros rabiosos, solicitaban la inmediata ejecución de la *impia*.

La suerte de Leslia estaba pendiente de los labios de Caupolicán.

Todos aguardaban impacientes la resolución de aquel caudillo temible.

Cuando el tumulto se hubo apaciguado, levantóse Caupolicán del asiento que ocupaba, y dijo: ¡*jalauska*! (3).

Dos hombres se apoderaron de la joven y la arrojaron al fuego.

Un grito general, lanzado por los espectadores, completó el horror de aquella escena.

Vióse á la pobre Leslia, en medio de las llamas, mover convulsivamente los labios.

Sin duda oraba pidiendo á Dios el perdón de sus verdugos.

Después... ¡nada!... ¡Su espíritu volaba al empuje celeste!

Apénas se había consumado el crimen funesto, un ruido sordo, espantoso, resonó en todo el valle de Talca.

La tierra oscilaba abriéndose en anchas y profundas grietas.

El *Aconcagua*, volcán gigantesco, vomitaba ríos de lava sembrando el luto y la muerte.

Diríase que Dios, encolerizado, quería castigar á los salvajes que martirizaron á Leslia.

Talca desapareció con todos sus habitantes.

Caupolicán logró salvarse en la aspereza de los An-

(1) Ajusticiados.
(2) ¡Muera esa mujer!
(3) ¡A la hoguera!

des, pero muy pronto cayó en poder de los soldados de Valdivia.

El feroz caudillo de los araucanos murió arcabuceado por haber ordenado la muerte de cuatro prisioneros españoles á quienes ofreciera solemnemente respetar sus vidas.

IV.

En la iglesia de los PP. Agustinos de Talcahuano existe aún un sepulcro, cuya lápida tiene grabada la inscripción siguiente:

Aquí descansan las cenizas de la princesa Leslia, primera india cristiana de la tribu de Arauco. Fue martirizada por mandato del gentil Caupolicán. Año de 1557.

La tradición dice que los buenos PP. Agustinos recogieron las cenizas de aquella pobre víctima al día siguiente de su suplicio.

Veinte años después de los sucesos que hemos referido, murió en el convento que guardaba los restos de Leslia un monje consagrado á las prácticas de la virtud cristiana.

Aquel monje era Lopal, convertido á la religión que profesó su amada, cuya tumba había regado con abundantes lágrimas.

Tal es, en resumen, la leyenda histórica que se refiere á la princesa Leslia, consignada en un manuscrito de aquella época, que hemos leído detenidamente para coordinar el relato de los méritos y fervor católico de aquella insigne mujer.

CAMILO E. ESTRUCH.

LOS GRABADOS.

RESTAURACION CONGETURAL DEL SEPULCRO APOSTÓLICO PRIMITIVO.—Pág. 381.

(Véase el artículo de los Sres. Fita y Fernández-Guerra).

VISTA GENERAL DE LA PLAZA DE SAN PEDRO EN ROMA.—Pág. 384.

INTERIOR DE LA IGLESIA DE SAN PEDRO EN ROMA. Pág. 385.

Para conmemorar la fiesta del Príncipe de los Apóstoles, publicamos hoy dos grabados relativos al templo que se levanta sobre su sepulcro, que es centro del mundo católico. Aunque este monumento, el más insigne de la Cristiandad, es conocido, LA ILUSTRACION CATOLICA debe recogerlo en sus páginas para engarzarlo á la serie de sus monumentos cristianos.

Al cumplir este propósito, creemos inútil recordar los nombres de los Pontífices y artistas que están grabados en su historia. Sin embargo, Nicolás V, Julio II, León X, Paulo III, Pío V, Sixto V, Paulo V y Alejandro VII supieron emplear tan admirablemente en esta obra grandiosa el talento de Bramante, de Rafael, de Miguel Ángel, de Vignola, de Ligorio, de Maderno y de Bernini, que cuando el nombre de los Papas no apareciese, como aparece, radiante de gloria sobre el frontispicio de otros admirables monumentos de Roma, éste sólo bastaría para demostrar el celo con que los Romanos Pontífices han procurado el esplendor y brillo de las artes.

El templo de San Pedro está situado en la anchurosa plaza del Vaticano, y salen de él, como los brazos de un gigante, las galerías que aparecen en el grabado, para representar así la misión amorosa de la Iglesia, que abraza contra su pecho á la humanidad entera. La primera impresión al entrar, así en la plaza como en el templo, es desfavorable respecto á sus gigantescas proporciones, lo cual se atribuye al estilo arquitectónico greco-romano á que pertenecen ambos monumentos.

Cuando Nicolás V concibió el pensamiento de levantar un templo tan espléndido y grandioso, que fuese como la representación en la tierra de la Iglesia universal, regida por los Romanos Pontífices, lo confió como era natural á los primeros artistas de Italia, los cuales fiaron á la extensión y al ornato del estilo greco-romano la ejecución del pensamiento pontifi-

cio. De aquí las interminables líneas, los colosales miembros arquitectónicos, la espléndida ornamentación de San Pedro, sobre el cual se levanta la grandiosa reproducción del gigantesco panteón de Agripa, lanzado á los aires por el genio atrevido de Miguel Ángel.

«A pesar de su estilo y de su ornamentación,» ha dicho un amigo nuestro, «bajo las augustas bóvedas de esta inmensa basílica he sentido profundas emociones religiosas y artísticas.»

«Los recuerdos que despierta este suelo, consagrado por la piedad de quince siglos, suelo bendito que guarda las reliquias de los Apóstoles, y sobre el cual han pasado todos los sucesores de San Pedro, me han llenado y llenan á todas horas de indescriptible emoción, que en vano trataría de expresar en estas líneas. ¿Cómo no sentir indecible emoción al recordar que aquí se levantó en el primer siglo de la Iglesia el humilde oratorio que los Papas Lino y Cleto consagraron al Príncipe de los Apóstoles, sepultado en su suelo? ¿Cómo no enternecerse pensando que aquí Constantino erigió la gran basílica que durante los siglos medios recogió las oraciones de innumerables fieles, donde fué coronado emperador de Occidente Carlo-Magno, y donde reyes y pueblos bajaron la cabeza ante el sepulcro de los Apóstoles y ante la Cátedra del Maestro infalible?»

«Poco importa que el primitivo oratorio ya no exista, y que la basílica de Constantino se haya transformado en iglesia del Renacimiento; la santidad y grandeza de aquellos antiguos monumentos subsisten bajo las bóvedas de San Pedro, y bastan para infundir á estos frios mármoles el calor y la vida del sentimiento cristiano. De mí sé decir á Vd., que cuando, reportado de mi primera sorpresa, he visitado esta gran basílica y he avanzado por su inmensa nave central para ir á postrarme como peregrino ante el sepulcro de los Apóstoles, he sentido ensancharse tanto el corazón y palpar con tanta violencia, que no parecía sino que iba á estallar dentro del pecho.»

«Ante aquella balastrada circular de mármol, donde brilla, como aureola de estrellas, la luz de más de cien lámparas de bronce, dominando la Confesión de San Pedro, esto es, la cripta donde se guardan sus reliquias, y donde San Cleto erigió el primitivo oratorio, es imposible no conmoverse profundamente, y no sentir toda la grandeza de aquel lugar regado con las lágrimas de diez y nueve siglos.»

«Verdad es que no hay nada que inspire tanto reconocimiento, ni que eleve más el ánimo como la presencia de un sepulcro, pues parece que sobre él se columbra la imagen profética de nuestra resurrección; pero si este sepulcro es el que guardó tres días el divino cuerpo del Salvador del mundo, ó el que guarda hace diez y ocho siglos los cuerpos venerables de los primeros Apóstoles, concíbese muy bien que la cristiandad entera haya acudido en otro tiempo á postrarse ante su sagrada losa, para aprender á vivir en las cátedras de la muerte.»

X.

BIBLIOGRAFÍA.

ENSAYOS SOBRE RELIGION Y POLÍTICA, por D. Joaquín Sanchez de Toca.—Madrid, 1880.

Hace tiempo que tenemos sobre la mesa este libro, interesante por más de un concepto y digno de particular estudio por los asuntos que trata, la erudición que en él se atesora, el espíritu que en él domina y la forma elegante en que está redactado. Su autor es uno de los jóvenes más brillantes que hoy defienden las buenas doctrinas, consagrándose á esta penosa tarea, más amarga de lo que puede creerse desde afuera, con profunda fe y entereza de carácter.

En esta su última obra, ha reunido varios notabilísimos estudios sobre lo que pudiéramos llamar asuntos de actualidad, esto es, sobre las más importantes cuestiones promovidas por la implacable lucha de la impiedad revolucionaria contra los salvadores dogmas del Cristianismo. Hé aquí los epígrafes que aparecen en la portada del libro:

Vicisitudes del Pontificado Romano.—La Iglesia y el Estado.—La libertad de cultos.—El Pontificado y la Unidad Italiana.—Carácter anticristiano de la Revolución.—La Iglesia y la Revolución en España.

ña.—Los partidos políticos y los intereses católicos en España.—La libertad de enseñanza.—El Darwinismo.—Racionalismo y materialismo.—Temores y esperanzas respecto de las sociedades modernas.

El señor Sanchez de Toca trata todas estas cuestiones con perfecto conocimiento del asunto, y los lectores de LA ILUSTRACION CATOLICA pueden juzgar de su competencia, por su estudio acerca del *darwinismo*, publicado por primera vez en nuestra revista, y que el autor ha incluido en las páginas de estos ensayos. Su punto de vista no puede ser más seguro y certero. Hélo aquí fijado en las primeras líneas del prólogo:

«El entendimiento humano, después de haber recorrido con vertiginosa rapidez la órbita revolucionaria, se encuentra ahora en ese estado de postración en que suele caer el hombre, cuando, desvanecidos todos los entusiasmos, la tristeza del desengaño produce indefinible ansiedad, tras de la cual suele á veces surgir saludable reacción. El siglo XVIII tuvo la soberbia de la incredulidad; á nosotros nos ha tocado su castigo, y recogemos sus angustias é incertidumbres. Cuando sólo se trata de destruir, la obra es fácil: basta llenar la razón de confianza y orgullo en sí misma, halagar las pasiones y dejarse arrastrar por la soberbia. Con tales medios, los pueblos fácilmente se dejan seducir, hasta levantar todo el ídolo al tribuno, y creerse en la víspera de su regeneración por que ven romperse los vínculos de la disciplina social. Mas cuando nada queda en pie, y el edificio secular, reducido á ruinas, no los puede ya cobijar, llega la hora en que, hombres y pueblos, buscan un refugio, quieren saber cuáles son los dogmas en que todavía creen, cuáles los fundamentos que quedan aún como cimiento de la sociedad. Pero entre mortales angustias, descubren entonces que, en lugar de la obra emancipadora y salvadora que esperaban, no consiguieron sino precipitar en el vacío la propia conciencia y el mundo moral. Descubren que perdieron el timón de la nave que los lleva, en la misma en que se anuncian por el horizonte las más espantosas borrascas.»

Quien mira las cosas desde tan buen punto de vista, por fuerza ha de emitir juicios claros y exactos acerca de sus varios aspectos. Y así es la verdad; el Sr. Sanchez de Toca nos ofrece en sus *Ensayos* un estudio concienzudo sobre cuestiones importantísimas, el más propio y acabado para fijar el criterio de muchos que andan á tientas entre las tinieblas del filosofismo moderno, y á la vez para introducir entre nosotros la afición hacia los estudios sociológicos, tan interesantes en la actualidad. Si en algún punto discrepa de nuestro juicio es en cosas enteramente libres, en que cabe muy bien la diversidad de opiniones; en lo fundamental estamos enteramente de acuerdo, y por eso creemos que su libro debe merecer el aplauso de todos los hombres de buena voluntad.

Sinceramente se le tributamos nosotros, rogándole que continúe sirviendo con su estudio profundo y su pluma elocuente á la santa causa de la verdad, que pocos defendemos, si nos comparamos con los que la ultrajan y combaten.

El Sr. Sanchez de Toca ha hecho una rebaja de un 25 por 100 en el precio de su libro á favor de los suscriptores de LA ILUSTRACION CATOLICA.

**

ELEMENTOS DE LÓGICA, por D. Manuel Polo y Peyrolon.—Valencia, 1880.

A los *Elementos de Psicología*, que hace poco anunciamos, acaba de añadir el laborioso catedrático del Instituto provincial de Valencia los *Elementos de Lógica* que tenemos á la vista. Es un volumen en 8.º menor, de 268 páginas, esmeradamente impreso, en letra clara y compacta, donde, con sencillez que encanta, se exponen las principales leyes del raciocinio, conforme á las buenas doctrinas de la *Escolástica*.

El Sr. Polo se ha propuesto, y lo ha conseguido á maravilla, simplificar á los jóvenes que cursan filosofía en los Institutos las difíciles y abstrusas teorías de esta ciencia, para que poco á poco y sin repugnancia, se vayan haciendo al rigor filosófico y á los sólidos principios de la verdadera escuela filosófica, que hoy renace con admiración y aplauso del mundo sabio. Es imposible darse mayor sencillez, y al propio tiempo mayor vigor científico, que el que ofrecen los trataditos del Sr. Polo, modelos en su género, que recomendamos á los profesores de esta

asignatura en las escuelas elementales, y á todos los que á poca costa quieran iniciarse en las cuestiones filosóficas.

El lenguaje es castizo y correcto, como es de suponer en escritor tan adiestrado. Pronto se publicarán los *Elementos de Ética*, que completarán la obra del Sr. Polo, acogida con el aprecio que se merece por los jóvenes estudiantes, que han agotado en pocos días los *Elementos de Psicología y Lógica*.

SANTORAL ESPAÑOL Ó CALENDARIO DE LOS SANTOS Y PERSONAS INSIGNES EN VIRTUD, DESDE LOS PRIMEROS SIGLOS DEL CRISTIANISMO HASTA NUESTROS DIAS EN LOS DOMINIOS DE ESPAÑA Y PORTUGAL, por D. M. S. V.—Madrid, 1880.

La Junta superior de la Asociación de Católicos acaba de prestar un señalado servicio á la Religión y á las letras, publicando este libro, compuesto por persona piadosa y erudita, la más adecuada y solícita para este género de trabajos. El Sr. Silva y Villaronte—que tal es el nombre que se recata bajo modestas iniciales—es un hombre incansable en investigaciones eruditas, de esos pocos que sacrifican horas y horas á depurar un hecho ó á fijar un dato, dándose por bien pagados con la satisfacción generosa de haber corregido el yerro de un autor ó haber descubierto alguna noticia escapada á la penetración de críticos anteriores. Una persona así, y por añadidura piadosa y amante de las glorias patrias, se necesitaba para componer el libro que tenemos á la vista, en el cual se encierran tareas de muchos años y se abre puerta á otras mayores. El *Santoral Español* no es obra para improvisada; pues si bien hay mucho y bueno escrito sobre la materia, puede decirse que lo escrito anda desparramado, y lo inédito se esconde en rincones oscuros é inexplorados. El campo, por lo demás, es vastísimo, porque esta privilegiada tierra de España ha sido fecunda en santos y hombres insignes en virtud, de los cuales han conservado la piedad y la historia recuerdos imperecederos.

El trabajo del Sr. Silva, aunque es fruto de algunos años de constantes investigaciones, no podía ser en este concepto obra acabada; bastábale ser un ensayo abundante y metódico, cimiento sólido de edificio de gigantescas dimensiones que han de levantar muchos y diligentes artífices. Y así es en efecto, un ensayo, pero tan feliz, que casi puede darse por modelo. El autor ha ordenado el *Santoral* en forma de riguroso calendario, y mes por mes, día por día, sigue la serie de santos y personas insignes en virtud, que han resplandecido en España desde los primeros albores del Cristianismo hasta nuestros días. En la compilación de este trabajo debía surgir una grave dificultad: la de clasificar los personajes, según sean: santos, beatos ó venerables, sin traspasar las reglas de prudencia marcadas para estos casos por los Romanos Pontífices, y especialmente por Urbano VIII. La perfecta exactitud en este asunto es punto ménos que imposible, porque la piedad exagerada y mal entendida, los falsos cronicones, la emulación de reinos y ciudades, y mil otras causas difíciles de consignar, han suscitado en este terreno dudas de difícil solución, que el investigador más solícito y atento se verá obligado á confesar á cada paso. El Sr. Silva ha procedido en este punto con gran prudencia, ha investigado todo lo posible, y cuando el resultado no ha dado solución precisa, lo consigna con lealtad y franqueza nobilísima. «Quizá en este particular,—dice,—haya pecado por timidez; pero en tan delicado asunto juzgo preferible que se me culpe de esto que no de atrevimiento.»

Terminados los doce meses del año, quedaban aún muchos nombres sin fijar por ignorarse las fechas correspondientes, y el autor las reúne en un apéndice, clasificándolos por sus cargos, profesión y dignidades. Aun así, ¿cuántos quedarán fuera del catálogo? Puede calcularse por el dato que nos suministra Marieta en su *Santoral*. Los santos españoles llegaban en su tiempo á 17.542, desde entonces se ha aumentado el número con los frutos de las misiones especialmente. ¿Cómo puede creerse que por exacto que sea el ensayo del Sr. Silva haya de abrazarlos todos?

Al hojear esta obra, desde luego asalta un defecto de omisión; la indicación del libro ó libros en que consta la vida de los santos, por lo ménos de los más desconocidos y olvidados. El autor ha previsto la observación y la contesta en el prólogo. «Esto—dice—

hubiera hecho muy voluminoso el calendario y hubiera retardado la publicación. Sin embargo, nos advierte que se ocupa en este trabajo, y que antes de dos años espera tenerlo concluido.

Este será, en efecto, un gran paso en la tarea de formar el *Santoral* español más completo que sea posible; pues facilitará á los estudiosos el allegar nuevas noticias, siguiendo las indicaciones bibliográficas que se les suministren.

En resumen, el *Santoral* del Sr. Silva es muy digno de estimación y de aplauso, y la Asociación de Católicos ha prestado, como decíamos antes, un gran servicio á la Religión y á las letras con publicarle. Venga pronto el complemento con la obra que se anuncia, para que España pueda gloriarse con el catálogo fiel y exacto, en cuanto es posible, de sus santos varones.

EL CORREO LINO-ANNAMITA, Ó CORRESPONDENCIA DE LAS MISIONES DEL SAGRADO ORDEN DE PREDICADORES EN FORMOSA, CHINA, TONG-KING Y FILIPINAS.—*Manila*, 1879.

Debemos á la bondad del R. P. Martínez-Vigil, un ejemplar de este libro, que forma el tomo XIII de la biblioteca de las misiones dominicanas en los países que se citan. El actual Prior provincial de la provincia del Santísimo Rosario de Filipinas, Fr. José R. González, ha querido añadir este tomo á los ya publicados, para que la geografía recoja en él datos interesantísimos sobre los diversos pueblos de tan remotas comarcas, y los fieles se sientan edificadas con el ejemplo de las virtudes heroicas de los infatigables misioneros y con los frutos de sus trabajos evangélicos.

Y en efecto, el libro no puede ser más interesante, pues se compone de 26 cartas de las diversas misiones, y de un extenso informe escrito por el R. P. Fray Juan F. Villaverde, misionero de Ybung, en la provincia de Nueva Vizcaya, de estas islas, en el que, como dice clásicamente el P. Provincial, «da extensas y curiosas noticias, generalmente ignoradas, sobre las varias cartas de infieles que pueblan las vertientes del monte Caraballo, pertenecientes á aquella provincia y á la de la Isabela, y emite su opinión particular sobre el medio más conducente de reducir aquellos infieles.»

Aunque son varios, según decimos, los autores de las cartas, obsérvese en ellas cierta unidad de estilo, cierta armonía de forma, que unidas á la perfecta identidad de espíritu, resulta un todo igual y compacto. Los misioneros relatan los trabajos de su apostolado con tanta sinceridad, con tanto candor, con intención tan recta, que leyendo sus cartas parece respirarse el aroma de piedad que brota al contacto de sus manos y al eco de sus palabras. ¡Con qué na-

turalidad esquivan el hablar de sí propios! ¡Con qué piedad refieren todos sus frutos á la protección divina! ¡Con qué claridad tratan á los idólatras que los persiguen y martirizan! Creemos que no puede haber lectura ni más instructiva ni más edificante que la de estas cartas, y por eso las hemos leído con viva complacencia y las recomendamos á todo el mundo.

No cerraremos este párrafo sin felicitar al Reverendo Padre González por haber aumentado con este tomo, durante su fecundo provincialato, la colección interesantísima de cartas de las misiones dominicanas y sin reiterar al P. Martínez nuestra gratitud por su bondad en regalarnos con tan sabrosa y edificante lectura.

LOS DOCE LIBROS DE AGRICULTURA DE LUCIO JUNIO MODERATO COLUMELA, *nuevamente reimpresos, con la biografía del autor, por D. Vicente Tinajero*.—Dos volúmenes en 4.º, elegantemente impresos.—Madrid, 1879.

Hace ya algunos meses que vió la luz pública una interesante monografía, con el siguiente título: «Lucio Junio Moderato Columela, sus viajes, su Gobierno en Asia, y sus obras.» Su autor, D. Vicente Tinajero, tuvo la bondad de ponerla en nuestras manos, de las que no salió sin haberla leído hasta la última página. Ibamos á hablar de ella, cuando supimos que esta monografía serviría de introducción á *Los doce libros de agricultura*, de Columela, que el mismo Sr. Tinajero se ocupaba en reimprimir, y suspendimos por algunos días nuestro elogio. Y, en efecto, hoy tenemos á la vista la obra anunciada, esmeradamente impresa, en dos columnas, y precedida de la interesante monografía del Sr. Tinajero.

La cual es un trabajo erudito, de adelgazada crítica, de curiosa investigación, de gran oportunidad y de laudable ejemplo. Fué Columela uno de los escritores hispano-latinos más sabios y más ilustres de la antigüedad. Nacido en Cádiz, se trasladó desde muy joven á Roma, y allí brilló en los mejores días de la cultura romana, por su mucho saber y su lenguaje puro, correcto y verdaderamente clásico. Su obra *De re rustica*, escrita después de mucha observación y de detenido estudio de las labores agrícolas, es un monumento de los más estimables que nos ha dejado la antigüedad, por sus preceptos y noticias, que hoy pueden ser tan útiles á la agricultura como cuando se escribieron, y por su estilo armonioso, elegante y digno del siglo de Augusto.

El Sr. Tinajero, calculando muy bien esta importancia, se lanzó á estudiar la vida de Columela, y engolfándose con la avidez del crítico erudito en la historia romana de aquel tiempo, ha desentrañado los hechos más oscuros de la vida del gran escritor, que yacía envuelta en profundas tinieblas. Y no se ha contentado con esto el autor, sino que, aprovechando la ocasión que la vida de Columela le ofrecía, nos ha descubierto, con pormenores interesantísimos, la vida de los romanos en el primer siglo, su

constitución social y el carácter de su literatura.

Todo esto se halla escrito con elegancia y amenidad, de modo que la extensa monografía se lee con mucho gusto, á pesar de la aridez que suelen tener los trabajos eruditos. En cuanto á la obra de Columela, podemos extendernos aquí muy poco. La traducción publicada es la de Alvarez de Sotomayor, impresa por primera vez en Madrid en 1824. Comprende los doce libros *De re rustica*, ilustrados con interesantes notas. Haremos un ligero sumario de estos libros, para que mejor pueda estimarse su importancia. El primero trata de la utilidad y los placeres de la vida agrícola, que nunca debieran abandonar los propietarios de las tierras, por ser profesión muy honrosa y saludable. En el segundo, se trata de los campos en general, del cuidado y esmero que exige su cultivo, del modo de sembrarlos, de la índole de los terrenos, de su mayor ó menor fertilidad, y de las mieses. En el tercero, habla de las viñas, de su plantación, de los terrenos que convienen más bien á unas que á otras, y del modo de preservarlas de las intemperies atmosféricas; en este libro trata también, pero muy de paso, de las huertas; en el cuarto sigue hablando de las viñas. El quinto, es un tratado de agrimensura, no menos importante que curioso, porque Columela, al tratar de la división de los terrenos y del modo de medirlos, pone en conocimiento de los lectores una multitud de términos propios de los romanos y sus agrónomos: en este libro habla también de los árboles.

El sexto trata de los animales útiles y necesarios para la agricultura, como los bueyes, los caballos, las mulas, los asnos, etc., y de sus enfermedades. En el séptimo, habla con alguna detención de los ganados laneros, como las ovejas y las cabras, y trata, además, de los cerdos. En el octavo, habla de la volatería y otros animales domésticos, que se crían en los corrales de las granjas. En el noveno, se ocupa de las abejas, y da preceptos y reglas acerca del modo de elegir las mejores y más útiles para la agricultura. El libro décimo, en que trata de los jardines, está escrito en versos hexamétricos. En el libro oncenno, habla de los deberes de los colonos, y recomienda á los propietarios de terrenos su buena elección. El duodécimo y último, encierra todas las instrucciones y reglas que puedan necesitar los que se dedican á la economía rural.

No cerraremos estas líneas sin recomendar á los estudiosos el ejemplo del Sr. Tinajero, tan digno de aplauso, y sin enviar á dicho autor la expresión de nuestra gratitud por sus obsequios.

M. PÉREZ VILLAMIL.

Solución al jeroglífico del número anterior:
Humo y mala cara, sacan á la gente de casa.

Madrid, 1880.—Imprenta Hispano-Filipina,
Plaza del Bombo, núm. 4.

Para los anuncios franceses, los Sres. J. Saisset y Bertal, 11, Rue Cadet, 11, París.

SECCION DE ANUNCIOS.

En Madrid: Centro de Publicidad de los Señores Storr y Muñoz, Ballesta, 7, bajo.

SUMA FILOSOFICA DEL SIGLO XIX

Ó SEA

DEFENSA DEL CATOLICISMO CONTRA SUS MODERNOS ADVERSARIOS.

Colección de documentos demostrativos de la doctrina de la Iglesia en el orden dogmático sobrenatural, filosófico, científico, político y social, formada

POR

NARCISO JOSÉ DE PEÑALVER Y PEÑALVER, CONDE DE PEÑALVER.

El prospecto de la *Suma filosófica del siglo XIX*, merece llamar la atención del público cristiano.

El primer tomo de esta obra consta de 598 páginas de impresión á dos columnas, de letra compacta, pero de buena lectura, y comprende el material de seis tomos de tamaño ordinario: su precio: en rústica 36 rs.; en pasta 44.

El tomo 2.º (1.ª parte) consta de 1.644 páginas, también á dos columnas, y comprende el material de 18 tomos: en rústica 35 rs.; en pasta 44.

El tomo 2.º (2.ª parte) consta de 1.700 páginas: en rústica 35 rs.; en pasta 44.

El tomo intitulado *O'Connell, El Antecristo y la revelación de San Juan* consta de 1.240 páginas, y comprende el material de 12 tomos: en rústica (total de la obra 95 tomos) 28 rs.; en pasta, 36.

Remitido cada tomo por el correo, franco de porte (sin certificar), se añadirán al precio en rústica 2 rs. y 3 en pasta.

Recibiendo los valores en libranzas sobre el Tesoro ó en letra, se remitirán los tomos al punto que se designe.

Importa mucho indicar la provincia á que el punto designado corresponda. Los pedidos se dirigirán á los Sres. Pons y Comp.ª, Librería Católica, calle de Archs, 8, Barcelona.

El producto de la venta de todos estos volúmenes se dedica íntegro al Dinero de San Pedro.

PUNTOS DE DESPACHO:

Barcelona: Jaime Oliver, Mendizábal, y 14; Pons Compañía, Archs, 8; Sucesor de la Viuda de Plá, calle de la Princesa; Viuda é hijos de Subirana, calle de la Puertaferri; D. Carlos Vives, plaza de Santa Ana; D. Eudaldo Puig, Plaza Nueva.

Madrid: D. Miguel Olamendi, calle de la Paz, 6; Viuda é hijo de D. Eusebio Aguado, Pontejos, 8; Sres. Perdiguer y Comp.ª, San Martín, 3, junto á la del Arenal, y en las demás librerías principales del Reino.

AVISOS Á UNA JÓVEN QUE SALE DEL COLEGIO

PARA SU CASA PATERNA,

MUY ÚTILES Á TODAS LAS JÓVENES Y Á TODA CLASE DE PERSONAS QUE QUIERAN VIVIR CRISTIANAMENTE,

POR EL PRESBITERO D. R. J. E.

Se halla de venta la obra en la librería de Olamendi, Paz, 6, á 6 rs. en rústica y 8 en pasta.

En la Administración de este periódico, y en la calle de San Bernardo, núm. 45, entresuelo, almacén de objetos de escritorio, hay de venta magníficas láminas de gran tamaño para cuadro, representando la *Imagen de Nuestra Señora del Pilar de Zaragoza*, tal y como se venera en su tradicional Iglesia, á 2 rs. una.

Tomando mis cantidad, se hará una rebaja proporcionada al pedido.

LIBRO NUEVO.

PRINCIPIOS DEL REINADO

DEL

CORAZON DE JESUS

EN ESPAÑA

POR

EL P. JOSÉ EUGENIO DE URIARTE,

DE LA COMPAÑÍA DE JESUS.

Este precioso libro, formado con documentos en su mayor parte inéditos ó poco conocidos, encuadrado lujosamente con planchas especiales hechas para él, se vende en las principales librerías, al precio de **SEIS PESETAS** en toda España, franco de porte.

En la librería del Sr. Calleja, Paz, 7, se hará la rebaja del 25 por 100 á los que lleven de una vez 20 ejemplares, ó se remitirán francos de porte en grandes ó en pequeñas cantidades.

Los ejemplares en papel de hilo numerados, á **OCHO PESETAS** en toda España, sin rebaja alguna.

No se vende en comisión ni en rústica.

THESES DE CULTU SACRATISSIMI CORDIS JESU

A PP. ANDREA MÄRTORELL ET JOSEPHO CASTELLÀ E SOCIETATE JESU.

EDITIO TERTIA.

Ofrecemos al público la tercera edición de esta obra, que en sus primeras ediciones mereció de la prensa católica española los más favorables juicios.

Contiene tres partes: *De cultu Cordis Jesu existentia*; *De cultu Cordis Jesu natura*; *De cultu Cordis Jesu proprietatibus*: división amplísima dentro de la cual se comprende, con claridad y profundidad sumas, todo lo que científicamente puede investigarse sobre tan hermoso asunto.

Se vende á 8 rs. en las principales librerías católicas de Madrid y provincias.